

Stendhal en su autobiografía, o sea en *Henri Brulard*; dice el autor que un paisaje es para él «como el arco de un violín, que hace sonar su espíritu». Va a sonar nuestra sensibilidad con el paisaje que ya está esperándonos. Pero, ¡cuán diversos son, según sea quien tañe el sonoro instrumento! El mismo pedazo de país es distinto contemplado por un contemplador o por otro. Tantos contempladores, tantos paisajes. Y en esta incertidumbre, ¿cómo podremos asegurar la placidez o la hosquedad de un paisaje? La sucesión de los tiempos, con las nuevas sensibilidades, ¿no han hecho variar también el concepto y estimación de los paisajes? En la misma Castilla tenemos dos casos curiosísimos: el de Pancorbo y el del panorama que se atalaya desde el alto del León. Se puede ir siguiendo a los viajeros en sus relaciones y ver cómo Pancorbo ha ido pasando de lo «horroroso» a lo «grandioso». No ocultamos que la estimación a la montaña —núcleo del paisaje— es cosa moderna. En *El peregrino en su Patria*, Lope de Vega nos dice, por ejemplo, que Toledo está asentada en un monte alto, «aunque» agradable. En ese «aunque», que hoy nos hace sonreír, se encierra toda la evolución del paisaje. Los viajeros nos dicen invariablemente también, al llegar desde el Norte a la cumbre del Guadarrama, que el panorama que se descubre desde allí es una «desolación». ¡Y no hay cosa más bella en toda Europa! Bella por la gradación de matices, por la luz, por la elegante sobriedad, por el cielo, por las sombras que las nubes marcan en el terrazgo y que vemos cómo van trasladándose, en la planicie inmensa, de un lado a otro, haciendo con ello que el color de la tierra sea más o menos intenso, con mayor o menor delicadeza.

Solos en el pueblo con nuestro libro viático, tal vez, para contraste, el libro de un poeta lacustre, un fino poeta que sintió y pensó por los lagos de Cumberland, rumiamos nuestra visión del paisaje. Lo tenemos ya bien sujeto; no se nos escapará; este pedazo de país sí que es paisaje castellano puro. Nos damos cuenta de que no es ahora cuando, en presencia del paisaje, encontramos al paisaje todo su valor. Necesitamos la ausencia y el tiempo. Y dejamos correr las horas, seguros de que allá en Madrid encontraremos la totalidad de este paisaje.

El paisaje evocado

¿Y cuál es este paisaje castellano? ¿Tiene muchas complicaciones? ¿Tendremos que gastar muchos superlativos en describirlo? Sentimos, ante todo, el haber dejado escapar el paisaje—que creíamos tener bien sujeto—sin haberlo contemplado bastante. Sí, cuando estábamos frente a él no veíamos todo lo que vemos ahora. A medida que pasa el tiempo vamos viendo con más intensidad, con más amor, con mayores detalles, este

paisaje amado. Y a este pedazo de país asociamos ya la historia, toda la historia de Castilla, y la literatura, y el arte. Envuelve ya este paisaje un aura de espiritualidad que no tienen otros bellos paisajes. ¿En qué país, sin historia tan larga, podremos hallar un terruño tal impregnado de tan denso espíritu?

Hay diversas clases de álamos: el que nos place más es el llamado líbico o temblador. Las hojitas de estos álamos están siempre, aunque no haga viento, tremantes. En su descripción de unos jardines del duque de Alba, en tierras de Salamanca, Lope de Vega escribe:

*Vese luego una calle, que cubierta
Del árbol verde que Castilla estima...*

No puede ser otro que el álamo—y el álamo temblador—ese árbol que estima Castilla. El pueblo en donde hemos estado unos días se encuentra en la falda de un monte; otro monte lo enfrenta. Entre las dos eminencias se extiende un llano. Los llanos situados de este modo se llaman navas. La nava que se abre al pie del pueblo es risueña y plácida. Hemos cruzado espeso nocedal, en que los nogales nos ofrecían su sombra, no deseable, según el vulgo. Nos hemos detenido un momento, para charlar con un labrantín, al borde de unos cuadros de hortaliza. Hemos recorrido un caminejo que aquí, abandonado ya a causa de la carretera, se llama viejo. Nos place este camino que no sigue ya nadie y que se va poco a poco borrando. Liños de álamos tremulentos lo orlan a una y otra banda. Hay, naturalmente, una piedra blanca, o lancha, donde sentarnos. Sentados en ella, al borde del camino, en que crece el amargón, con sus florecitas amarillas, y elevan su penacho morado los cardos silvestres, hemos visto muchas veces aparecer la aurora y declinar el día con el crepúsculo vespertino. En los momentos últimos de la tarde, el monte cercano se teñía de una suavísima tinta rosa: esta suavidad en el carmín desleído sólo la hemos contemplado, en nuestros viajes por toda España, en la Bureba, con su capital Briviesca, en tierras de Burgos. Uno y otro día hemos vuelto a nuestra lancha: aquí hemos tratado de absorber toda Castilla, condensada en un terrazo. Sobre el rosa delicadísimo resaltaba el verde de los álamos, en un aire transparente, bajo un cielo de añil intenso. El camino—seguido por generaciones y generaciones—se alejaba sesgando. A lo lejos se atisbaba el pueblo. Y en esta hora postrera de la tarde llegaban hasta nosotros, como diluidas en la eternidad, las campanadas del Angelus. Lo olvidábamos todo para sumirnos en el tiempo insondable, en tanto que los millares de hojitas de los álamos temblaban sin cesar en lo caduco.

